



# ESTUVIMOS EN... LA PANADERÍA

Ir a la panadería, la tahona, como decíamos antes, es algo frecuente y lo hacemos sin darle más importancia, dándonos un paseo agradable, entrando del calor de la calle al calor con olor a masa del horno. En invierno es agradable el contraste con el frío exterior. En verano lo hacemos casi con prisas, deseosos de sacudirnos ese calor. De una forma u otra, es una suerte tener a mano diariamente el pan. Cuántos pueblos han de conformarse con que el panadero acuda desde cualquier otro lugar a llevárselo, esperando que no se retrase, que llegue a la plaza del pueblo, donde se forman colas. No es nuestro caso, pero podría serlo algún día. Maranchón ha pasado, ya hace años, de tener varias panaderías, tahonas, hornos, a tener una sola. Y gracias. Ganarse la vida en un pueblo que en invierno quedan cuatro vecinos no es fácil.

Adelina, Lourdes y Joaquín llevan la panadería de Maranchón hace ya doce años, desde el 90. Según Adelina, hace un mogollón de años la tuvo Timoteo Arguedas, y cuando él la dejó la tuvo el de la fábrica de harinas, Arsenio San Miguel. Después la tuvo Teófilo Muñoz, a partir del año 1961 o 1962. Siguió su hijo Mariano Muñoz, a quien ayudaría posteriormente su hermana, Dolores Muñoz, y su marido, Francisco Torrón.



Cuando ellos lo dejaron fue cuando la cogieron los actuales propietarios.

“Cuando nosotros llegamos la panadería estaba igual que ahora, lo único que hemos hecho ha sido comprar una única máquina y hacer algunas reparaciones (puerta, ventana y poca cosa más), así que poca diferencia se puede notar a excepción de que desde que llegamos aquí la afluencia de gente ha ido disminuyendo gradualmente.”

“¿Si es rentable? Bueno, no da para hacerse millonario, pero para mantener a mi familia creo que es bastante. Hace dos años no habría contestado lo mismo, pero ahora, gracias a que los ayuntamientos de Riba y alrededores me llamaron para que les hiciera el servicio, pues hay algo más de trabajo si no, como ya sabrás he hecho de todo, cortar el césped de la alameda, de la virgen, el del cementerio, alguna que otra chapucilla,... porque hasta entonces había momentos en que lo pasábamos mal”.

“¿El ritmo de trabajo?... Pues en verano es mortal, no hay más que acercarse por allí para ver que nos volvemos locos y vamos de cabeza, en invierno sin embargo es más tranquilo, dependiendo de los días; los fines de semana se mueve algo más, pero sin exageraciones, se lleva bien”.

Decimos que algo es más largo que un día sin pan. Y que a buen hambre no hay pan duro. Cuando hemos de conformarnos sin él, decimos que a falta de pan, buenas son tortas. Que con pan y vino se anda el camino. Pero pan con pan, comida de tontos. Aunque también dame pan y dime tonto. Y hablar claro es llamar las cosas por su nombre, al pan, pan y al vino, vino.

¿Qué tendrá el pan que no podemos pasar sin él? Esperemos que la panadería maranchonera siga por mucho tiempo y nos proporcione buen pan...¡y mostachones!

Pascual